



ANTONIO AGUILAR BARAJAS

Espartanos, guerreros del Peloponeso

RESUMEN

“Caminante, ve a Esparta y dile a sus ciudadanos que aquí yacemos por obedecer sus leyes”.

Este es el esclarecedor epitafio que dedicó el poeta Simónides al contingente espartano muerto en las Termópilas a las órdenes del inmortal rey Leónidas. Este hecho, la autoinmolación de unos soldados en defensa de unos ideales de libertad y ciudadanía frente al intento de subyugar a la civilización griega por parte del imperio persa es la base del mito y la clave para entender la imagen romántica que ha llegado hasta la actualidad del pueblo espartano, como reflejo de una sociedad que era capaz de sacrificar a sus ciudadanos en el campo de batalla siguiendo los dictados del estado, por obedecer la ley de la que ni los reyes estaban exentos y cumpliendo a rajatabla un código ético que acompañaba al espartano de pleno derecho desde su nacimiento hasta su muerte.

Temidos, odiados y amados al mismo tiempo, el guerrero espartano ha llegado hasta nuestros días como imagen insuperable de sacrificio y abnegación por la comunidad, la obediencia al estado y el desprecio por la propia vida en aras de las leyes de Esparta, concepto al que temían más que a la propia muerte.

PALABRAS CLAVE

Esparta, Lacedemonia, Hoplitas, Éforos, Agogé.

Antonio Aguilar Barajas

Licenciado en Historia por la Universidad de Málaga

toninigz@yahoo.es

Claseshistoria.com

24/08/2009

Los orígenes de Esparta

Cuando se abre cualquier guía de viaje sobre Grecia, y el espartanófilo busca ansioso información sobre la ciudad origen de los aclamados guerreros no puede llevarse más que una desilusión al comprobar que son escasísimos los restos que quedan del pueblo lacedemonio. Por la situación estratégica de la ciudad y por la propia creencia de que no había mejor muralla que sus hoplones, o escudos espartanos, hicieron que no se construyeran defensas de consideración hasta el siglo II a. C. La arqueología ha confirmado las teorías de Tucídides, quien promulgaba la austeridad de los espartano en la erección de grandes edificios y monumentos en contraposición a los atenienses, verdaderos especialistas en conmemoración de triunfos y en la arquitectura civil y militar. Es por lo que al visitante actual sólo le queda impregnarse de la leyenda visitando los restos de un pequeño templo clásico llamado *tumba de Leónidas* y la Acrópolis, donde para más escarnio del visitante solo se pueden observar restos romanos y bizantinos. Quizás lo más sobresaliente e inmutable a la vez son las impresionantes cimas del monte Taigeto, en donde eran abandonados los recién nacidos que no pasaban el examen de los ancianos por poseer taras físicas, indignos así de formar parte del pueblo espartano, y el monte Parnón. El río Eurotas baña el fértil valle del Eurotas formando así un emplazamiento de envidiable posición estratégica.

Este era el paraje natural conocido como Laconia y donde florecieron asentamientos desde el cuarto milenio a. C. Al sur del Peloponeso se establecieron comunidades estables hacia el tercer milenio a. C. en gran parte por el surgimiento de la trilogía dietética básica para los habitantes de Laconia –cereal, aceituna y uva-, que con tanto ahínco tendrían que cultivar los ilotas en el periodo clásico de Esparta. Sin adelantarnos en el tiempo, debido a la fertilidad en las riberas del Eurotas, a lo largo de las edades Media y Tardía del Bronce (2000-1100 a. C.), los asentamientos se fueron agrandando y la población de la zona aumentó hasta poseer varios miles de habitantes, claro está, sin conciencia de unidad pero formando el germen de las ciudades del Peloponeso a partir del sinoecismo, o fusión de distintas aldeas desperdigadas por un amplio territorio. La primera gran civilización que se desarrolla en Laconia, Mesenia y la Argólida en este estadio temporal fue la descrita por Homero en la monumental *Ilíada*. Los micénicos, pesadilla de los troyanos, habitaron el Peloponeso y nos han legado fastuosos palacios a juzgar por las excavaciones en Micenas y Tirinto efectuadas por Schliemann en 1876. En esta época mítica del mundo griego, donde se mezclan leyenda y realidad en la epopeya de Homero encontramos valiosas pistas sobre el papel de Esparta en la edad heroica de Grecia, de la que, todo hay que decirlo, no salen muy bien parados los ancestros de los

lacedemonios. Paris, príncipe de Troya realiza una visita protocolaria a Esparta donde se enamora insensatamente de Helena, la esposa legítima de Menelao, nada más y nada menos que el rey de Esparta. Paris cegado por la pasión y alentado por la propia Helena la secuestra y se la lleva a su ciudad, allende el mar Egeo en el estrecho del Helesponto. Menelao despechado apela a su hermano Agamenón, rey de Micenas para echar al mar sus cerca de mil barcos y provocar la invasión y asedio de Troya durante una década entera. El resto de la historia es bien conocida. Aunque la esencia en sí de la magnífica obra de Homero es la leyenda, o la imposibilidad de demostrar estos hechos, lo que si nos interesa es un fragmento del canto segundo titulado Catálogo de las Naves donde se nombra textualmente:

“Los de la honda y cavernosa Lacedemonia, que residen en Faris, Esparta y Mesa...”¹

El adjetivo cavernoso se ajusta a la orografía abrupta de Lacedemonia, al igual que honda se puede referir al encajonamiento del Eurotas sobre los macizos del Taigeto. Lo que no se podido hallar han sido palacios o edificios de entidad comparable a los de Micenas, Pilos o Tirinto para atestiguar la grandeza descrita por Homero en las construcciones micénicas. Entrando en especulaciones, puede ser que Esparta no fuese en la edad del Bronce tardío una polis como se formará más tarde, sino una serie de asentamientos dominados por una urbe aún no localizada donde si reinarían Menelao y la promiscua Helena².

Tras la edad de oro de los griegos en sus gestas homéricas le sucede en el tiempo una época de vacío histórico total, donde una serie de terribles acontecimientos arrasan prácticamente hasta sus cimientos los palacios micénicos y a los orgullosos hombres de bronce que los habitaban. No se conoce bien la suerte de la población griega desde el 1200 a. C. hasta el s. VIII a. C. aunque no debió de ser muy favorable a juzgar por los muestras de destrucción total encontradas en los estratos pertenecientes a este periodo en las ciudades de Tebas, Micenas, Tirinto y Midea. Javier Negrete nos da valiosas pistas de que ocurrió durante la oscuridad de estos siglos, pudiendo deberse estas catástrofes a causas naturales, como terremotos y tsunamis, prolongadas sequías o epidemias de peste. También las causas humanas influenciaron mucho en la debacle griega, en forma de revueltas internas entre los diferentes estados griegos o las invasiones de pueblos septentrionales de carácter más montaraz y belicoso³. Precisamente estos movimientos de población, ocasionados bien por la falta de recursos debido a las catástrofes naturales en sus tierras de origen o por sus ansias expansionistas traerán a las tierras de Laconia al germen genuino de los espartanos y a sus ancestros más directos, los Dorios, base de

¹ Homero, *Iliada*, Beocia o Catálogo de las naves, 581.

² Según Paul Cartledge (2002, p. 42) un arqueólogo griego localizó recientemente el palacio de Helena y Menelao en Pellana, a unos quince kilómetros de Esparta, aunque todavía no se ha podido verificar si es cierta la afirmación de este descubrimiento.

³ Negrete, J: *La Gran Aventura de los Griegos*, 2009, p. 93.

procedencia que durante siglos mantendrían los lacedemonios procurando mantener intactas las líneas de sangre mediante la práctica de la eugenesia. Este pueblo trajo consigo el dialecto dórico del griego, que se extenderá desde Iliria, la actual Albania, hasta todo el Peloponeso, a excepción de la Arcadia que mantendrá su dialecto arcadio-chipriota. Hay más datos que nos hablan de la exitosa ocupación de las tierras de Lacedemonia, como la adaptación de las instituciones sociales y políticas basadas en las tres tribus dorias tradicionales (hileos, dimanes y panfilos) y la adoración y consagración de fiestas religiosas anuales al dios con más devoción entre los pueblos dorios, Apolo. Como veremos más adelante, los eventos religiosos servirán en varias ocasiones como excusa o coartada más o menos velada para la exención del ejército espartano en batallas claves para el devenir del mundo griego, ausencias que hábilmente encubrirán al protagonizar los momentos cruciales en las guerras entre griegos y persas.

Este es a grosso modo la gestación del pueblo espartano, aunque aún están por intervenir personajes claves en la configuración del carácter lacónico y sobre todo, en poner la base judicial, civil y militar que marcará indeleblemente el carácter y las acciones de la futura potencia de Esparta.

La gestación del estado espartano

Hemos tenido ocasión de conocer como los nuevos inquilinos del solar peloponeso se iban aclimatando a sus nuevas posesiones. Territorialmente, hacia el siglo VIII los nuevos espartanos practicaron una expansión más allá del sur de Laconia, en una expansión del espacio vital (una especie de "*lebensraum*", con perdón por las analogías que se puedan efectuar por el termino) necesario para configurar un estado fuerte y bien comunicado con sus áreas de influencia. Es cuando se incorpora Amiclas a los cuatro puntos originarios (Cinosura, Mesoia, Limnas y Pitana), controlando todo el valle del Eurotas y sus alrededores. Ante este ansia expansionista los pueblos indígenas poco tuvieron que hacer, ya que se vieron absorbidos por los nuevos señores que sistemáticamente fueron ocupando las mejores tierras de cultivo asegurándose así la provisión anual de alimentos con la que mantener a la casta de guerreros. Y esta fue precisamente la idea con la que se les permitió seguir viviendo en sus tierras, pero transformando su status de productores independientes a servidores de los nuevos amos. Es como se crea una nueva clase social, la más perjudicada dentro del sistema espartano. Los ilotas serían sus siervos, sin derecho alguno y con la obligación de por vida de procurar el sustento a sus amos espartanos. Es así como se liberan de la obligación de procurarse el sustento delegando en la muchedumbre ilota el arduo trabajo del campo, para poder ejercitarse de por vida en el cruento arte de la guerra. Primero los laconios que habitaban al este del Taigeto, y posteriormente los habitantes de Mesenia fueron reducidos a esta suerte de esclavitud y estado de postración continuos. Para hacer más efectivo el control de este gran porcentaje de población sometido se institucionalizaron organizaciones secretas dedicadas a mantener el miedo entre los ilotas. La *cripteia* era una sociedad secreta

de ciudadanos espartanos selectos, los cuales tenían como misión el asesinato selectivo de miembros subversivos o sospechosos de serlos entre la clase servil. Organizando estas razzias esporádicamente se mantenía el control y se bajaban las ansias independentistas de los ocupantes, por pleno derecho de las tierras de Lacedemonia. Pero la estrategia del miedo tiene sus inconvenientes, y los espartanos no iban a ser menos en sufrir las consecuencias en forma de revueltas ilotas, hecho que los llevaría a pedir refuerzos al resto de polis griegas y a sus aliados en la liga del Peloponeso.

Pero tal grado de organización estatal no se consigue de la noche a la mañana. Se han de fijar primero los principios para luego acometer las reformas necesarias para forjar un estado fuerte y consecuente con su ideología. Si hacemos analogías con las más importantes polis griegas, vemos como son las monarquías las que cimientan el carácter de estas. Minos, Agamenón, Príamo o Filón son personajes regios de una galería de ilustres gobernantes que en la posteridad servirán para dar a sus respectivos pueblos la necesaria justificación histórica y la raíz mítica tan buscada por los habitantes de la Hélade. Pero, ¿qué sucede con Esparta? No contamos con la figura de un rey (exactamente nos hallamos con la de dos, ya que una de las rarezas del gobierno espartano es la diarquía), sino con la figura de un legislador.

Licurgo fue para Esparta como la figura de Solón para Atenas, con la notable diferencia de que contamos con muchas más fuentes para el legislador ateniense que las conservadas para la enigmática figura de Licurgo. La única fuente fiable la encontramos en Plutarco, escritor romano que escribió en torno al 100 d. C, pero como el mismo admite en el prólogo de sus "Vidas Paralelas" dedicado al legislador espartano la cantidad de escritos y testimonios contradictorios que tuvo que manejar para dar una idea fidedigna del personaje nos hace pensar que igual no existió un solo Licurgo, que igual fue una reencarnación del mismísimo Apolo y que todo lo que se diga acerca del personaje entra dentro del terreno de la especulación. Reveladoras son las palabras que le dedica Herodoto en su libro I, cuando el legislador visita a la *pythia* de Delfos;

"...Dudo llamarte Dios u hombre llamarte,

Y en la perplejidad en que me veo,

*Como Dios, ¡oh Licurgo!, te saludo"*⁴

Lo que si podemos aprender de sus dictados son las reformas trascendentales que transformarán todos los aspectos políticos, económicos y sociales de la población espartana. Cartledge, experto en historia de Esparta, lo define a la perfección con las siguientes palabras: "...Licurgo, al crear un sistema en el que la primera lealtad de los individuos era para con el grupo, y sobre todo el Estado, antes que con la familia o los

⁴ Herodoto: *Historias*, 1, 65

amigos, introdujo una interpretación novedosa de lo que significa ser un *polites* (ciudadano)”.⁵

Los nuevos ciudadanos abrazaron con fervor el papel que Licurgo les había brindado en la constitución del nuevo estado. Pero esta contribución habrían de pagarla con sudor y sangre desde la más dura infancia, ya que la patria les exigiría un elevado tributo de por vida por pertenecer a la polis que desde época temprana se configuró como la más temida y respetada de toda la Hélade.

El paquete global de medidas y reformas promulgadas por Licurgo es conocido como la Gran Retra, una especie de constitución del estado espartano donde codifican los órganos de gobierno, la educación y los derechos y deberes de los ciudadanos para con el estado. Pero no tengamos en mente las semejanzas del término con las constituciones ilustradas fruto de las brillantes mentes de Montesquieu o Rousseau. Nada de separación de poderes o voluntad popular, ya que el papel que otorga Licurgo al estado es totalmente centralista, otorgándole una preeminencia total sobre todos los aspectos vitales del individuo. Podría compararse, salvando las distancias, a un nacionalismo conservador fruto de unas raíces históricas de índole mítica, apoyado por una aristocracia que dominaba a una clase inferior de siervos. Este pasado glorioso es esgrimido por las casas reales dominantes, los Agiadas y los Europóntidas, ambas descendientes del ilustrísimo Hércules y fundadas por Agis y Europonde, quizás sobre el siglo X a. C. Estas coronas fueron hereditarias, aunque las líneas sanguíneas no fueron respetadas en todo momento al tener que recurrir a parientes lejanos en caso de no tener otro candidato más conveniente, como en el caso de Leotíquidas que heredó el trono del depuesto Demarato hacia el 490 a. C. En otros casos, se tuvo que recurrir a regentes como Pausanias, que actuó de senescal de Plistarcos, hijo de Leónidas hasta su mayoría de edad. La institución dual de la monarquía en Esparta no tenía un carácter absoluto, ya que la partición de poderes entre dos reyes traía en frecuentes ocasiones conflictos entre ambos. El rey en Esparta estaba exento de la *agogé*, y actuaba como general supremo del ejército lacedemonio, dándose el caso de que uno solía ir de campaña mientras el otro se quedaba sobre el trono real espartano, tan celosos como eran de dejar sus dominios desatendidos por la continua amenaza de revueltas ilotas. Aunque como todo espartano, estaban bajo la ley suprema y en continua vigilancia de los éforos, verdaderos dueños de las voluntades humanas.

Los éforos (literalmente supervisores) eran los cinco magistrados elegidos por decisión popular entre todos los lacedemonios espartiatas, es decir, los iguales de pleno derecho. Esta elección era anual, y el cargo sólo se podía ejercer una vez en la vida. Su poder era inmenso, ya que como hemos visto tenían la capacidad de juzgar a los reyes, hacer cumplir la ley y de decidir cuando el ejército lacedemonio podía salir a practicar lo que con tanto ahínco se había preparado durante toda la vida. Ellos fueron los culpables de que Leónidas acudiese con tan exiguo aunque escogido

⁵ Cartledge, P: *Los espartanos, una historia épica*, 2002, p. 25.

destacamento a las Termópilas, con el pretexto de que Esparta no luchaba durante las festividades de las Carneias. Posteriormente, en el caso de Maratón sucedió lo mismo, y el ejército mandado hacia las cercanías de Atenas llegó con dos días de retraso y a tiempo de ver como los atenienses se relamían por su sonado triunfo y apilaban un buen montón de cadáveres persas. Aunque como antes se mencionó, la excusa piadosa era muy buena coartada para ocultar la verdadera razón de su ausencia en tan señalada fecha; los mesenos se habían sublevado, teniendo que quedarse el ejército para sofocar las revueltas en su patio trasero.

El otro órgano de gobierno en la jerarquía del poder era la *gerousía*, o consejo de ancianos. Estaba compuesto por treinta ciudadanos, veintiocho de ellos con más de sesenta años, edad con la que el gobierno de Esparta licenciaba a sus militares, aunque no del todo, ya que pasaban a la reserva y seguían obligados a asistir a las *sysíttia*, o banquetes comunales de enorme trascendencia por su significado castrense y comunal que más adelante detallaremos al ocuparnos de la vida social entre espartanos. Estos elegidos eran la flor y nata de la comunidad, por su edad, por su pertenencia a las familias aristocráticas de más rancio abolengo, por la inclusión entre ellos de familiares de la realeza en cargo y por ser un cargo vitalicio. Los otros dos integrantes de la *gerousia* eran los reyes vigentes, hecho que les trajo enormes ventajas, ya que si alguno caía en desgracia, por equivocaciones militares o acusados de impiedad, casos más frecuentes de degradación en la realeza dual, si el delito no era lo bastante grave para provocar su ostracismo o incluso la pena de muerte entraban a formar parte como meros integrantes del consejo de ancianos, por lo que no se apartaban en demasía del ejercicio del poder. Que no era poco formando parte del consejo, ya que sus funciones abarcaban el poder judicial, algo así como el tribunal supremo de justicia con prerrogativas para juzgar incluso a los reyes y velar por el cumplimiento de la omnipresente ley de Esparta. Además otro poder les era otorgado. Tenían decisión sobre los temas a tratar por el *damos* o asamblea de ciudadanos adultos. Esto es lo más parecido a la democracia que podemos encontrarnos en este singular sistema de gobierno. En la democracia ateniense, las reformas que Clístenes realizó en Atenas hacia el 508 a. C. después de deponer la tiranía de Hiparco hizo que los ciudadanos decidiesen en cuestiones tan importantes como la elección del poder legislativo o la designación de los estrategos, mandatarios del ejército durante la guerra. Por el contrario, en Esparta, el proceso de selección del pueblo integrante de la Asamblea era mucho más restringido, propio del carácter lacónico de sus habitantes. Debían de ser guerreros adultos, legítimamente espartanos de nacimiento, haber pasado la terrible *agogé*, económicamente pudientes para hacer sus aportaciones en la mesa común militar y no ser culpables de cobardía o de felonías inhabilitantes para su estrato social. Por decirlo de otro modo, espartanos de pura cepa. La Asamblea entonces era la que proponía los temas a tratar, pero con el derecho de veto por parte de la *gerousia* que a su vez estaba fuertemente vigilada por los éforos. Es decir, que las decisiones trascendentales debían de pasar por una serie de filtros que difícilmente dejaba margen a la improvisación o a la genialidad de brillantes estrategos como el caso de Temístocles en Atenas. Un sistema de gobierno tan obtuso y hermético trajo no pocas calamidades e indecisiones a Esparta, hechos

que se tradujeron en ocasiones en no dotar de más lustro a sus victorias o hacer más estrepitosas sus derrotas.

Ya hemos visto que no era nada fácil decidir algo en Esparta. Aunque durante toda la vida el estado decidía por el ciudadano mediante un sistema educativo sistemático y cruel, pero que a la larga haría de los hombres perfectas máquinas de matar, anulando cualquier remordimiento o sentimiento de piedad hacia el enemigo. Esta educación es la causante en buena medida del *espejismo espartano*, o imagen que hoy en día nos ha llegado de los guerreros de manto escarlata.

Vida y muerte en Esparta

Esparta como ya vamos deduciendo exigía un máximo sacrificio a sus ciudadanos por pertenecer a su sociedad y sobre todo a la cerrada casta de guerreros, orgullo y estandarte de Lacedemonia mas allá de sus fronteras. El rey persa Jerjés ya tuvo que sufrir en sus carnes la humillación inflingida en los campos de batalla por los hoplitas espartanos, máxime cuando su imperio se vanagloriaba de lanzar toda la furia de las naciones persas contra la pobre, pero orgullosa Grecia. Es plausible que las costumbres y tradiciones espartanas se le antojasen meras anécdotas más o menos exóticas de un pueblo arcaico, pero de conocer mejor la vida que le deparaba a un espartano desde su infancia quizás hubiese tenido más cautela a la hora de enviar sus hombres a la batalla. Y es que en Esparta nada era regalado, y menos la inclusión en las falanges o la posesión de un escudo con la lambda de Lacedemonia.

Empecemos desde el nacimiento de un varón espartano. A los cinco días de vida se le sometía al examen de un grupo de ancianos, con el fin de determinar si tenía taras físicas o mentales. Si el bebé no pasaba esta prueba, era llevado a las faldas del Taigeto y abandonado a su suerte, para pasto del frío o de las alimañas que por allí habitaban. Esta práctica, por cruel que parezca era muy habitual en el mundo greco-romano. Por ejemplo, en las riberas del Tiber existía una especie de mercado de infantes, abandonados por sus familias y expuestos a la suerte de que algún viandante piadoso los adaptase, o peor aún, que el estado decidiese quedárselos para engrosar los lupanares romanos o excavar las infernales minas imperiales. La cuestión es que en otros lugares el desahucio de los infantes era cuestión personal, mientras que en Esparta era una tarea del estado. Una vez pasada esta trascendental prueba, el niño era aceptado en sociedad y desde entonces hasta los siete años de vida pasaba los que seguro serian sus años más felices y sobre todo despreocupados, en compañía de su madre, nodrizas y demás mujeres en el hogar. El papel de la mujer espartana era totalmente singular dentro del mundo griego, por lo que merece una especial atención más adelante. A los siete años comenzaba la *agogé*, y el estado volvía a reclamar al niño para su adiestramiento, por lo que empezaba el autentico calvario para los recién iniciados en la férrea disciplina militar. Se les separaba de la familia y se les alojaba en barracones militares agrupados por grupos, se les pelaba al cero, y se les daba una túnica al año para guarecerse de las inclemencias meteorológicas. Su

rancho eran unas exiguas raciones de comida para que se procurasen alimento por si mismos, castigándose con azotamientos tremendos no el hecho del robo, sino el hecho de verse sorprendidos en el delito⁶. Día a día se sometían a una rutina de ejercicios físicos, reprimendas y palizas con el objetivo de doblegar su espíritu rebelde y hacerlos inmunes al dolor y al sufrimiento. En la adolescencia pasaban al rango de efebos, con lo que empezaba la verdadera instrucción militar y las incursiones nocturnas al territorio de los ilotas para ejecutar los escarmientos a su sufrida población. Hay que decir que en esta educación se fomentaba especialmente la inclusión del individuo en la comunidad de soldados, por lo que dormían, comían, sangraban y morían juntos, para conseguir de ellos un espíritu de camaradería y cohesión sin fisuras, necesario para aguantar la posición en la falange sin pestañear ante la llegada del enemigo protegiéndose a si mismos y a sus compañeros en los letales choques entre ejércitos de las batallas campales.

Cumplidos los dieciocho años tenían que cumplir un ritual sangriento como parte del adiestramiento militar. La ceremonia de la flagelación ante el altar de Ártemis Ortia, descrito por Plutarco en fechas posteriores mostraba ante los demás ciudadanos la resistencia al dolor del muchacho espartano. Ya con veinte años se daba por finalizado la *agogé* (algunos igual le habrían pillado cariño), entrando a formar parte oficialmente del ejército. Era cuando adoptaban el look típicamente espartano, barba con el bigote afeitado y largas melenas a las que dedicaban especiales cuidados antes de entrar en combate, como tuvo ocasión de comprobar un espía persa en las Termópilas. Según Heródoto, informado Jerjes a tal respecto, su curiosidad (más bien incredulidad) sobre las costumbres bárbaras de los griegos le hizo pedir consejo a Demarato sobre la singularidad de esta acción. Como rey depuesto de Esparta y miembro del séquito imperial en calidad de consejero, tuvo a bien advertir al rey de reyes sobre lo que iba a ocurrir con estas palabras:

“...Sabéis que han venido a disputaros la entrada con las armas en la mano, y que a esto se disponen; pues este es uso suyo, y así lo practican: peinarse muy bien y engalanarse cuando están para ponerse en peligro de perecer.”⁷

Adoptadas las formas espartanas, el joven guerrero entraba a formar parte de los *syssítia*, o mesas comunales de guerreros. Estas también fomentaban el fuerte espíritu competitivo de este pueblo, ya que su inclusión en ellas era mediante votación. Un solo voto negativo podía dejarles apartados de los grupos o batallones de los que se componían las mesas comunes, hecho que incluso llegaba a arrebatarles la ciudadanía que con tanto esfuerzo trataron de conseguir durante la *agogé*. La

⁶ Una leyenda espartana cuenta que un niño lacedemonio sometido a la *agogé* robó una zorra y la escondió bajo su manto. El animal hambriento le comió las entrañas sin que el niño soltase ni lágrimas ni gemidos ante tal suplicio, muriendo en silencio por no delatar su robo.

⁷ Heródoto: *Historias*, 7, 219.

asistencia a los banquetes (por el termino no pensemos que se trataban de simposios atenienses, ya que la frugalidad de las comidas era propia del carácter lacónico de sus integrantes) era obligada, siendo excusable sólo por motivos religiosos, como sacrificios, o por hallarse en una expedición de caza. Estas comidas eran nocturnas, y los alimentos estaban aportados por cada uno de sus miembros y obtenidos de los lotes de tierra que el estado asignaba a cada espartiatas, trabajados por los sirvientes que tuviese a su cargo. Es por lo que los ilotas se esforzaban en obtener la manutención necesaria para el consumo alimenticio del hogar del amo, y su necesaria aportación a la mesa de guerreros donde él estuviese inscrito. Después de la cantidad de productos que estaba obligado a ceder a sus terratenientes, poco o casi nada debía de quedarles para alimentarse ellos y sus familias, hecho que justifica los habituales levantamientos ilotas contra sus dueños espartanos.

A los treinta años conseguía el guerrero su estatus de ciudadano de pleno derecho, pudiendo decidir en la asamblea y apto para adoptar cargos políticos y militares. Era cuando tenían la obligación de casarse, ya que la procreación era una cuestión estatal en Esparta. Tras tener que pasar tantos filtros para obtener la ciudadanía y debido a la continuada afición por la guerra que sentían los lacedemonios, el numero de espartanos de primera fila no paraba de menguar. Este fenómeno se denomina *oliganthropía*, traducido como escasez de hombres dignos del gentilicio espartano. Los motivos eran diversos. Selección desde el nacimiento, bajas en combate, falta de descendencia de las familias, caída en desgracia o empobrecimiento de los iguales y catástrofes naturales, como el terrible terremoto que asoló Laconia en el 464 a. C.⁸. Una sociedad tan jerarquizada y hermética debería de mimar como oro en paño a sus miembros, pero en Esparta no fueron conscientes de este fenómeno hasta que fue demasiado tarde. El recambio generacional de guerreros no era equiparable a las bajas sufridas por la élite, por lo que tuvieron que recurrir a otro estrato poblacional. Existía otro grupo social en Esparta, los periecos o extranjeros, que si bien no eran en absoluto ciudadanos si tenían cierta libertad de movimientos por las tierras de Laconia. Ellos se encargaban del comercio y de los trabajos artesanos, indignos para el guerrero, pero que proporcionan artículos de primera necesidad a los espartanos como la fabricación de la panoplia militar. Pues su inclusión en el ejército regular se fue haciendo progresiva por la falta de iguales, formando el grueso de las tropas y dirigidos por mandos espartanos. Un ejemplo de tal fenómeno: en la batalla de Platea (479 a. C.), donde se reunió el mayor ejército griego desplegado jamás en un campo de batalla, los espartanos eran cinco mil, con el mismo número de soldados periecos. Cien años después, en la batalla de Leuctra que enfrentaba a tebanos y espartanos, solo participaron setecientos espartanos de un ejército lacedemonio de diez mil hombres. Para mayor ruina y derrota de Esparta, ese día perdieron la batalla frente a las tropas del tebano Epaminondas y de un plumazo a

⁸ Tras esta catástrofe natural, los ilotas mesenios aprovecharon la coyuntura para sublevarse haciéndose fuertes en la fortaleza de Itome, antigua capital Mesenia. Tras varios años de asedio consiguieron su libertad a cambio de trasladarse a Naupacto, lejos del Peloponeso y bajo la ayuda de los atenienses.

cuatrocientos espartanos de élite, hecho que hundió en la miseria militar a la antaño poderosa potencia hegemónica de Grecia.⁹

¿Y qué papel desempeñaba la mujer en el estado de Lacedemonia? Hemos visto que a hasta los treinta años, el varón no tenía mucho contacto con las mujeres, por lo que no podían estar muy ocupadas en entretener a sus hombres. Al contrario de lo que se podría pensar debido al férreo adiestramiento al que estaban obligados los futuros hoplitas, las mujeres gozaban de una libertad de movimiento excepcional dentro del mundo griego. En comparación con la mujer ateniense, la cual era adiestrada desde la infancia para satisfacer las necesidades de su familia y después las de su marido, la espartana era una pieza clave en la sociedad espartana debido al papel de futuras madres que debían de ejercer para traer al mundo guerreros sanos y fuertes. Es por lo que se entrenaban en continuos ejercicios gimnásticos, bastantes ligeras de ropa por cierto, hecho que suscitaba las críticas del resto de los griegos como se puede comprobar en pasajes del libro II de la *Política* de Aristóteles. También recibían adiestramiento en campos exclusivos de los varones, como retórica, filosofía y cultura en general. Tal era la consideración de la maternidad en Esparta, que a partir del 500 a. C. se les otorgó un privilegio sólo digno de los muertos en combate; a las madres que fallecían durante el parto se les colocaba su nombre en su lápida, gesto equiparable a las exequias de los fallecidos en las Termópilas. En esta sociedad castrense, donde el hombre pasaba más tiempo enzarzado en el cruento arte de la guerra que en ocuparse del buen funcionamiento del hogar, las mujeres adoptaban el papel de matriarcas, administrando las haciendas y sus lotes de tierras cultivados por los ilotas. Su carácter y voluntad debían endurecerse a base de golpes, no físicos, sino morales al entregar a maridos e hijos a los crueles designio de Ares. Ejemplo de esto era la ceremonia de entrega del escudo, que protagonizan madres e hijos antes de marchar al combate. Es la mujer la que ofrece el hoplón o escudo al guerrero, marcando su camino a seguir con la siguiente fórmula “vuelve con él o sobre él”.

Como dedicatoria a la mujer espartana merece la pena citar a Plutarco. Tal era el renombre de las espartanas en el mundo antiguo, que el escritor romano les dedicó una breve antología llamada “Dichos de mujeres espartanas”, donde se incluían frases memorables de una de las mujeres más fascinantes de la historia de Esparta. Gorgo, hija del rey Cleómenes, esposa de Leónidas y madre del heredero Pleistarcos fue una auténtica “dama de hierro” por lo agudo de su ingenio y la contundencia de sus sentencias:

Tras ser interrogada por una mujer ateniense. “¿Cómo es que las espartanas sois las únicas mujeres que domináis a los hombres?”, ella replicó: “porque somos las únicas mujeres que parimos hombres de verdad”.¹⁰

⁹ Este fue el principio del fin para la potencia de Esparta, ya que tras la derrota tuvieron que pasar el trance de ver ocupada Laconia por las tropas tebanas.

El ejército lacedemonio

La fascinación que han sentido numerosas civilizaciones posteriores a la Esparta clásica se debe en gran medida a su imagen de guerreros expertos y a su fama de imbatibilidad en el campo de batalla. La principal diferencia con los ejércitos que luchaban en el resto de polis griegas es que el espartano era un ejército profesional, ya que vivían y respiraban para la guerra, concepción diferente a la los demás soldados griegos que sólo empuñaban las armas en defensa de su polis y se ejercitaban una vez al año en maniobras y técnicas militares, diferenciándose en rango en función de su capacidad económica necesaria para procurarse el armamento o panoplia del hoplita. Es plausible que este gasto y el riesgo de verter sangre en la defensa de la ciudad hiciese que los griegos ansiasen, y finalmente consiguiesen más protagonismo en el gobierno de las polis, lo que finalmente se consagraría en el nacimiento de la democracia. Pero Grecia era todo un universo de realidades bien



Ilustración 1. Soldado hoplita espartano

diferentes, en la que Esparta destacaba por su fuerza y no por la libertad de expresión, tan anquilosada como estaba su sociedad en los ideales guerreros y aristocráticos. Siendo del pensamiento de que un brazo fuerte bien podía liderar a unas mentes débiles, Esparta daba todo lo necesario para la guerra a sus ciudadanos, que a su vez y agradecidos acudían a la batalla acatando sin rechistar los dictados del estado.

La unidad básica del ejército espartano era el hoplita, nombre que procede de *hoplón* o armas. La falange, que literalmente significa rodillo luchaba en conjunto, como un organismo cuyas células eran los soldados. Así, la unión de todos conformaba un único frente homogéneo de pavoroso aspecto a juzgar por las recreaciones históricas que se han hecho sobre las falanges griegas. El arma defensiva principal y base de la formación era el escudo o *aspis*. Era circular, con un diámetro aproximado de un metro, y se utilizaba para proteger el cuerpo del hoplita en su lado izquierdo, ya que se empuñaba con ese brazo mediante unas argollas situadas en el centro del *aspis*. Con el espacio sobrante

se protegía el lado derecho del compañero de armas que se situase a ese lado, a su vez que el portador veía cubierto su flanco débil. Este era la clave de la

formación, un frente de escudos sin fisuras que avanzaba sin dudar hacia el enemigo. Vemos que el sentido de cohesión que fomentaba la escuela de la *agogé* cobraba ahora sentido, siendo gravísimo el delito de arrojar el escudo en la batalla con el

¹⁰ Plutarco, "Dichos de mujeres espartanas", Gorgo nº 5

consiguiente peligro de desbaratar la falange y castigado con la muerte según las leyes espartanas. Se fabricaba a base de capas de madera y rematado con láminas de bronce. En los ejércitos griegos, cada hoplita era libre de decorarlo a su gusto, con fauna mitológica o emblemas familiares. El ejército de Esparta era reconocible a estadios de distancia por las lambdas que decoraban sus escudos, una v invertida que representaba a Lacedemonia. El elemento más característico del hoplita y el que les daba un tenebroso aspecto de cara a sus contrincantes eran los yelmos, o cascos que portaban durante la batalla. El más común era el corintio, de una sola pieza de bronce que cubría la cabeza entera y con abertura solo para los ojos y la barbilla. Así el espartano, prácticamente sordo y con la visión frontal se convertía en un autómatas que solo obedecía al impulso de luchar hasta el final (recordemos, con él o sobre él).

Aun así, en la melé propia de las luchas hoplíticas no debían de atender a sus superiores para efectuar complicadas maniobras o elaboradas tácticas, ya que casi siempre se resolvía en cuestión de minutos, escudos contra escudos y resultando vencedor el ejército que mantenía la posición y no le daba la espalda al enemigo. Y los espartanos fueron durante siglos expertos en esto. La lanza era el arma ofensiva por excelencia. Solía medir de dos a tres metros, fabricada con madera dura y flexible y se empuñaba con la diestra. Contaba con una punta o moharra de hierro y un remate del mismo material, usado para anclarla al suelo o para rematar a heridos en la batalla. No era un arma arrojadiza, ya que estas las popularizarían los legionarios romanos con sus temibles *pilum*. Las lanzas griegas alcanzarían posteriormente medidas espectaculares en los ejércitos de Alejandro Magno (llegando a los cuatro o cinco metros), siendo de sobra conocidos por los persas los batallones de sarisas griegas, inexpugnables cuerpos de soldados erizados con estas infranqueables lanzas. Básicamente las lanzas sobresalían de los escudos en la

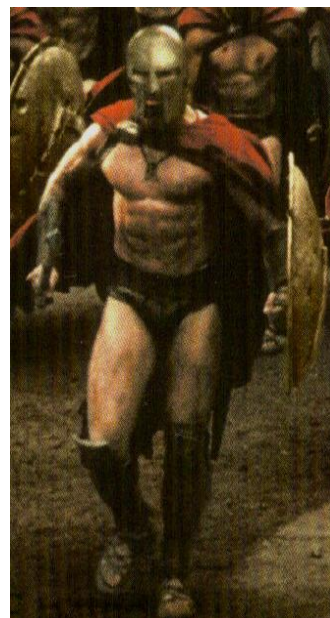


Ilustración 2. Fotograma de 300

falange y buscaban el hostigamiento del enemigo o hacer blanco en las partes blandas que quedaban al descubierto de los contrarios. En el excepcional libro de Steven Pressfield ambientado en las Termópilas, “Puertas de Fuego”, se narra todo un decálogo de heridas producida en la batalla, que van desde moharrazos en las ingles, lanzazos en la mandíbula o estocadas en las costillas. Con la cirugía de la época, poco o nada se podía hacer por el infortunado que recibiese una herida de esta consideración. Es por lo que el hoplita se preocupaba por dejar la menor parte de su cuerpo al descubierto, pero sin un blindaje excesivo que le restase movilidad a la hora del baile de lanzas. Otros elementos fundamentales para evitar problemas eran las espinilleras o grebas, las cuales cubrían desde la rodilla hasta el pie y el *linothorax*, coraza de lino y láminas de metal cosido que cubría el torso de los soldados. Con esta descripción rompemos la atrevida pero irreal imagen de los soldados de Leónidas en “300”, que prácticamente luchaban desnudos, blancos de carne demasiado

apetecibles para los enemigos. Por último, y usada en caso de romper las lanzas los soldados contaban con la espada o *xiphos*, de corta envergadura (entre 50 y 60 centímetros), desarrollando su potencial en la lucha cuerpo a cuerpo cuando la ausencia de lanzas no permitía mantener las distancias.

La guerra en Grecia tenía un papel casi litúrgico para sus practicantes. Durante su larga historia, los griegos siguieron inmutables una serie de reglas a la hora de la lucha, reglas que se rompieron en la Guerra del Peloponeso debido a la magnitud, variedad de escenarios y crueldad del conflicto. Volveremos a ella más adelante, mientras que ahora revisaremos como los hoplitas dirimían sus diferencias en los campos de Ares, el temible Dios de la guerra para los griegos. Como si de una competición se tratase, los bandos enfrentados pactaban el día y el terreno adecuado para el combate, que debía ser amplio y despejado necesariamente para la táctica de hoplitas, pudiendo así ofrecer un amplio frente de escudos al rival. Normalmente el frente contaba con ocho filas de fondo, siendo las últimas de especial confianza para el general ya que debían de evitar empujando hacia delante con los hoplones que las tropas se desbaratasen si cundía el pánico entre sus integrantes. Uno de los ejercicios fundamentales en la *agogé* era el control del *phobos*, el miedo contagioso que surge del contacto directo con la sangre y la cruenta realidad de la batalla. Los espartanos no obedecían al instinto de supervivencia natural que obligaba a recular los soldados cuando se ven superados por el enemigo, ya que de manera natural confiaban en la fuerza del grupo y mantenían la lucha mientras que el corazón siguiera bombeando sangre a sus castigados cuerpos. Pero no siempre fue así. Su fama de imbatibilidad sufrió un serio revés durante el conflicto entre Esparta y Atenas, siendo la isla de Esfactoria el motivo de vergüenza para la orgullosa casta de guerreros.

Esta isla emerge del Mediterráneo en Pilos, justo enfrente de Mesenia al oeste de Laconia. En el 425, y con la idea de situar una base estable frente a la zona enemiga el ateniense Demostenes se posiciona en Esfactoria al haber conseguido de la asamblea cinco barcos con sus dotaciones, desembarcando allí y construyendo un fuerte como punto de partida para incursiones navales en aguas territoriales de Lacedemonia y sus aliados. Los espartanos enviaron a un contingente de 420 hoplitas, siendo casi la mitad de ellos espartiatas de élite, de los cuales ya no quedaban muchos en Esparta debido a la *oligantropía* galopante que sacudía a su población. Para horror de estos soldados y de sus mandos quedaron aislados en la isla tras el desembarco después de una apretada escaramuza entre navíos espartanos y atenienses. Los espartanos pidieron el armisticio de sus hoplitas, pero los atenienses no cedieron debido al suculento regalo que sus rivales le habían ofrecido en bandeja, y a la posible negociación que podrían hacer con ellos en un futuro. Por lo tanto los áticos siguieron con el bloqueo a la isla, y tras deliberar que debían hacer con sus "prisioneros" decidieron darle caza con una dotación de 10.000 hombres, ya que la fama de los espartanos todavía causaba un hondo respeto entre los pueblos de la Hélade. Finalmente, acorralados y tras ser acribillados con todo objeto arrojadizo por los peltastas y arqueros consiguieron la rendición de los lacedemonios, que no sintieron en sus carnes la hora de conocer a Caronte y algo inaudito hasta ahora en la historia de Grecia. Con casi 120 espartiatas capturados con vida, los atenienses

tuvieron una fuerte baza a la hora de negociar la paz con Esparta¹¹ debido al incalculable valor que tenían esos hombres para los éforos y su ciudad. Los tiempos de las Termopilas quedaban ya lejos, y los lacedemonios no se veían en la posición de sacrificar alegremente a tantos iguales en el campo de batalla.

Pero antes de estos hechos, el valor del soldado se medía en su capacidad de permanecer en su puesto frente al enemigo sin dejarse llevar por el miedo y solo con la conciencia de unidad y victoria a toda costa. El papel que tenía el general era muy reducido durante la refriega, ya que su momento estaba justo antes, en la arenga que dedicaba a sus soldados, la situación de las tropas en el campo de batalla y en los obligados sacrificios rituales que se efectuaban antes del combate con el fin de atraer el favor de los dioses durante el enfrentamiento. Ellos mismos luchaban en los lugares de privilegio, que normalmente eran en primera fila y en el ala derecha del ejército, arriesgando su vida como el que más y sirviendo de ejemplo para el resto de sus compañeros. Esto era normal en las batallas de la antigüedad, encontrando una muerte violenta excepcionales generales como el espartano Brasidas o el tebano Epaminondas. En función de la disciplina de las tropas el frente seguía más o menos cohesionado, ya que al perder a su dirigente era frecuente que el pánico asaltase a los soldados y huyeran en desbandada, momento fatal para las expectativas de supervivencia de los ejércitos. Esto fue lo que le pasó al ejército persa en Platea, la última batalla campal de las Guerras Médicas. El general Mardonio, bien visible a lomos de su caballo blanco fue derribado por un lacedemonio de manera poco honorable; una pedrada le descabalgó, siendo pasto de las lanzas espartanas una vez en el suelo. Privados de su mando el ejército persa cayó como un títere sin cabeza, obteniendo los griegos y en especial su general espartano Pausanias un suculento botín al encontrar intacto el campamento de los persas.

Hechos los imprescindibles sacrificios de animales y la inspección de sus vísceras para descubrir si los dioses eran favorables a los griegos en esos tensos momentos se iniciaba la carga, en la cual las primeras filas ofrecían las lanzas en vertical, entonaban el Pean para darse ánimos y motivación y embestían de frente al enemigo. Este momento era conocido por los griegos como *othismos*, donde se trataba de abrir brecha mediante el empuje de las armas en la pared de escudos enemigos. Cuando uno de los bandos cedía por la baja moral de sus soldados o el número de bajas que impedía rehacer las líneas empezaba la desbandada y el inicio de la masacre. El ejército vencedor no solía cebarse mucho con los derrotados en función de las causas del conflicto o la mortandad que hubiera efectuado entre sus filas antes de ceder. Tras terminar la acción, se pactaba la tregua y se dejaba que ambos bandos recogieran a sus caídos para darles unas honrosas exequias. En Esparta existía un curioso sistema para contabilizar a los muertos en la batalla. Se colocaban unas “etiquetas” en el brazo, hechas con ramitas entrelazadas en la cual los

¹¹ De hecho fue así, ya que en el 421 se firmó la paz de Nicias debido al agotamiento que sufría Atenas por la guerra y al interés de Esparta por recuperar a estos ciudadanos y al expirar la paz que treinta años atrás habían firmado con sus eternos rivales los argivos.

soldados grababan su nombre y las partían, llevándose una parte con ellas a la reyerta y dejando la otra mitad en un cesto. Al finalizar se leían los nombres sacados de este cesto, recogiendo sus mitades los supervivientes y dando por perdidos a los que no unían las dos mitades¹².

Como colofón a este relato bien merece la pena contar los hechos que protagonizaron los espartanos y que mayor fama les granjeó para la posteridad, tanto en la Hélade como en el resto del mundo antiguo, fama y atracción que ha perdurado hasta nuestro días y que todavía cautiva a estudiosos y aficionados al maravilloso y sugestivo mundo de los griegos. Nuestro recuerdo se centra en el rey espartano más mítico para la historia, Leónidas, quien en el 480 acaudilló al ejército de aliados griegos que plantarían cara a las huestes persas en el angosto paso de la Termópilas.



Ilustración 3. Estatua de Leónidas

Los helenos ante la inminencia del peligro que se cernía sobre sus polis se pusieron de acuerdo en Corinto para preparar el plan de resistencia ante el invasor. Leónidas, al frente de sus 300 espartanos de élite y de una variopinta representación de diferentes ciudades griegas que sumaban 7.000 efectivos debían retrasar el avance de Jerjes por tierra, mientras que el ateniense Temístocles retendría a la armada persa en el estrecho de Artemisio. Los espartanos no enviaron al grueso de su ejército a defender el paso porque de nuevo se hallaban en las Carneias, como había sucedido 10 años atrás en la batalla de Maratón. Fue por la propia voluntad de Leónidas por lo que marchó a las Puertas Calientes, con su guardia personal escogida por su destreza en el manejo de las armas y por tener descendencia masculina, evitando así la ruptura de las líneas sanguíneas, autentica obsesión de los lacedemonios debido a su hermetismo racial. Durante dos días los persas se estrellaron contra el muro de hoplones griegos ante la incredulidad y la furia de Jerjes, quien no había previsto la enconada resistencia que iban a ofrecer los espartanos pese a los consejos de Demarato, ex-rey de Esparta y consejero real persa. Finalmente, y como sucedía a menudo en los conflictos de

la antigüedad, un traidor puso en bandeja de plata la cabeza de Leónidas y sus soldados al descubrir a los persas una senda que circundaba el desfiladero y desembocaba justo en la retaguardia de los griegos. Al amanecer del tercer día, consciente de la traición y del inminente final de su vida, Leónidas licenció al resto de los aliados griegos, a excepción de sus espartanos, el pelotón de tebanos y los tespios, quienes quisieron acompañar al rey en su suerte. Con la máxima de no retroceder jamás, los defensores de las Termópilas rodeados por las tropas persas defendieron el suelo griego hasta la muerte, la que al finalmente les sobrevino bajo un

¹² Pressfield, S. 1998, p 151.

manto de flechas, hastiados como estaban los mandos imperiales de perder hombres frente a las lanzas espartanas. Este sacrificio hinchó de orgullo y moral al resto de ciudadanos libres de las polis, quienes juraron vengar con sangre a los hoplitas muertos por mantener la independencia griega.

Bibliografía

Científica, ensayo y divulgación:

- Cartledge, P., *Los espartanos. Una historia épica*. Ariel, Barcelona, 2009.
- Cartledge, P., *Termópilas*. Booket, Barcelona, 2008.
- De Souza, P., *De Maratón a Platea*. Osprey Publishing (edición para RBA coleccionables) Barcelona, 2009.
- Fields, N., *Termópilas, la resistencia de los 300*. Osprey Publishing (edición para RBA coleccionables) Barcelona, 2009.
- Homero., *Iliada*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1971.
- Herodoto., *Los nueve libros de la Historia*. Biblioteca Edaf, Madrid, 1989.
- Jenofonte., *Helénicas*. Alianza editorial, Madris, 1989.
- Massimo Manfredi, V., *Akropolis*. DeBols!llo, Barcelona, 2005.
- Negrete, J., *La gran aventura de los griegos*. La Esfera de los libros, Madrid, 2009.
- Plutarco., *Obras morales y de costumbres*. Gredos. Madrid, 1986.
- Sekunda, N., *Desafío heleno a Persia*. Osprey Publishing (edición para RBA coleccionables) Barcelona, 2009.
- Tucídides., *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Alianza Editorial, Madrid, 2008.

Novela Histórica:

- Massimo Manfredi, V., *Talos de Esparta*. DeBols!llo, Barcelona, 2007.
- Negrete, J., *Salamina*. Espasa Calpe, Madrid, 2008.
- Pressfield, S., *Puertas de Fuego*. DeBols!llo, Barcelona, 2008.

Filmografía:

- El León de Esparta*. Dirigida por Rudolph Mate. Año 1961.
- 300*. Dirigida por Zack Snyder. Año 2007

Imágenes

Ilustración 1

Soldado hoplita espartano del siglo V a. C. Se aprecia la panoplia militar de la época, compuesta por el yelmo corintio, escudo, lanza y espada. Como protección del cuerpo viste el *linothorax* y las grebas para proteger rodillas y espinillas. Lleva también el típico manto escarlata propio del ejército lacedemonio.

Ilustración 2

Fotograma de la película “300”, donde se aprecia a Gerard Butler caracterizado como Leónidas. Se puede apreciar las ausencias en el atuendo militar con el dibujo del hoplita de la página anterior, aunque si porta lo fundamental de la panoplia militar espartana.

Ilustración 3

Fotografía de la estatua moderna de Leónidas erigida en 1968 y situada en una calle de Esparta. En el pedestal se leen las palabras que el rey espartano le dirigió a Jerjes cuando este pidió que se rindiesen y entregasen las armas; “*molon labe*” (ven a por ellas). (Colección de Nic Fields).